

“La historia: Apocalipsis y evangelio. Meditación sobre la tarea y responsabilidad del historiador”

p. 89-102

Edmundo O’Gorman

*Ensayos de filosofía de la historia*

Álvaro Matute (selección y presentación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2007

114 p.

(Serie Teoría e Historia de la Historiografía 8)

ISBN 978-970-32-4867-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 7 de marzo de 2019

Disponible en:

[http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/482/enayo\\_filosofia.html](http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/482/enayo_filosofia.html)



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



# La historia: Apocalipsis y evangelio. Meditación sobre la tarea y responsabilidad del historiador

Mucho he ponderado el asunto de mi discurso, y después de alguna vacilación decidí que no estaría fuera de lugar una meditación sobre ciertos temas básicos de la tarea del historiador y sobre su responsabilidad, pese a ser muy distantes los intereses específicos de vuestra Asociación. Después de todo, ésta es una reunión de mujeres y hombres que, profesionalmente o no, se han embarcado en la antigua nave de Clío. Pero, además, es tanto lo ocurrido, tanto lo que ha cambiado en estos presentes y amenazantes tiempos, que sólo a riesgo de no recoger el reto de nuestra edad es posible seguir hollando con placentera inocencia los desgastados senderos. ¿Qué, acaso las reglas sentadas en pasados más felices días — aunque quizá todavía santificadas en los templos académicos — son tan a *perpetuam rei memoriam* como para ser impermeables a las olas del cambio? Pero también ¿qué, acaso, el propósito y el sentido de la investigación histórica en nada se han alterado frente a las actuales inminentes fuerzas irracionales que tanto ponen en peligro la libertad individual y la búsqueda de ser sí mismo? Ciertamente, sería mucho descuido no cobrar conciencia de la situación en que nos hallamos.

En el intento de responder lo mejor posible, vistas la cortedad del tiempo a nuestra disposición y la complejidad del asunto, les pediré su atención sobre dos rasgos sintomáticos del grueso de la producción historiográfica de nuestros días, dejando a salvo excepciones. Vamos a considerar, en primer lugar, lo que bien puede llamarse la devoradora pasión por los hechos. Me propongo, en segundo lugar, poner al descubierto los peligros implicados en la creciente tendencia de sumergir — ahogar, sería más propio — la naturaleza *sui generis* del conocimiento histórico en las aguas de las especulaciones abstractas, o mejor dicho en las abstracciones letales,

de ese monstruo de muchas cabezas tan afecto a las computadoras que se conoce con el nombre de las “ciencias sociales”.<sup>1</sup>

## I. LA DEVORADORA PASIÓN POR LOS HECHOS

En un momento nostálgico todos nosotros deberíamos envidiar la irrestricta libertad que disfrutaba el historiador medieval: tejía su cuento con faraónica indiferencia respecto a la cronología y la geografía, al testimonio interno o externo de los documentos, y, en general, respecto a aquellas reglas impuestas y linderos fijados a quien, hoy, desea que su obra sea reconocida como digna contribución al conocimiento histórico. Ni una nota de pie de página, ni una bibliografía, ningún intento de información exhaustiva y sobre todo, ninguna pretensión de imparcialidad, ese tan alardeado requerimiento en nuestros días, pese a la notoria imposibilidad de cumplirlo. Su propósito no era “científico”, era simbólico o alegórico, meta que no debemos condenar a la ligera si consideramos el predominio mental que ejercía su fe religiosa y otras específicas y peculiares circunstancias en las que vivía y laboraba.

Tomemos un ejemplo: *La destrucción de Jerusalem*, ese bien conocido relato compuesto por un anónimo historiador del siglo XIII. Sus fuentes han sido rastreadas, lo que nos permite ver la manera en que el historiador medieval utilizaba la información documental que poseía. El resultado no podría ser más escandaloso para el estudio moderno. Sin la menor advertencia y en toda seriedad, se nos ofrece una narración completamente falseada que empieza con el relato de cómo el emperador Vespasiano fue milagrosamente curado de lepra (símbolo del paganismo), portento que obró su conversión a la fe cristiana; y el relato concluye pormenorizando las misteriosas y horrendas circunstancias de la muerte de Pilatos, el merecido castigo por la parte de responsabilidad que le cabía en la

<sup>1</sup> No sería difícil advertir que el programa anterior es, en términos generales, completo. En efecto, el primer punto, la técnica historiográfica, se atiene al lado subjetivo porque conducirá finalmente a la cuestión de la libertad del historiador dentro del marco de las reglas establecidas para su oficio. El segundo punto, el sentido peculiar al conocimiento histórico, implica en última instancia el problema de la naturaleza del proceso histórico y nos sitúa, por lo tanto, en el punto de vista objetivo.

crucifixión de Cristo. En el cuento aparecen muchos personajes históricos bien conocidos que o bien no pudieron en modo alguno tomar parte en los acontecimientos o bien desempeñan papeles que obviamente no pudieron ser suyos. Y fácilmente se advierte a través de todo el relato que, deliberadamente, el autor no tuvo intención de registrar hechos tal como sabemos que los conocía, sino que su propósito fue mostrar, con un cuento de su invención y de alta potencia dramática, el suceso que, para él y para sus lectores, era el único acontecimiento de plena significación en la historia, a saber: la redención del hombre por Cristo, hecho singularísimo que señalaba el advenimiento de la última edad de los tiempos y demostraba la índole providencial del proceso histórico. En eso se cifraba el evangelio de la historia, de manera que con la entrega de su mensaje el historiador cumplía con su deber hacia la verdad, sin que nada importara su total desdén por las pruebas fácticas, por la secuencia cronológica y por otras, para él, circunstancias en sí carentes de auténtico sentido.<sup>2</sup>

Me he detenido un poco en la técnica peculiar a un género de la historiografía medieval, porque brinda un llamativo ejemplo de la muy real posibilidad de alcanzar una verdad histórica cuando se lleva al límite máximo la libertad de interpretación, junto al desdén absoluto por las pruebas de hecho. Un ejemplo, pues, de uno de los puntos extremos en la escala de posiciones que puede ocupar un historiador. Y no será de ningún provecho argumentar que los resultados así obtenidos no pasan de ser bobadas alegóricas, porque nuestro historiador medieval podría denunciar, con igual derecho, la falta de significación en aquello que el historiador moderno ofrece con orgullo como el resultado de una investigación científica.

Por supuesto, de ninguna manera quiero implicar que impunemente podríamos hoy adoptar una actitud tan extremosa como la arriba descrita; no, sin embargo, por razones epistemológicas, sino por la sencilla y poderosa razón de que ya no vivimos en la Edad Media. En otras palabras, la historiografía tiene su propia e irreversible historia, y la cuestión crucial que ahora nos enfrenta es tratar de descubrir en dónde estamos situados porque bien podría ser que

<sup>2</sup> Cf. Edmundo O'Gorman, "La conciencia histórica en la Edad Media", en *Del cristianismo y la Edad Media*, México, El Colegio de México, 1943.

se ha alcanzado el otro punto extremo de la escala, es decir, un mínimo de interpretación personal consciente y la servil dependencia a los documentos. De ser ese el caso, el conocimiento histórico se encamina a una crisis. Seguramente vale la pena averiguar esa no improbable posibilidad.

No puede dudarse de que la investigación histórica se ha desplazado, ni sin justificado motivo, hacia la creciente atención a los hechos. Esta sana tendencia encontró su primer gran apóstol en el historiador alemán Leopoldo von Ranke, y desde entonces ha sido elogiada, según frase conocida, como “la exaltación de la investigación histórica al rango de conocimiento científico”. No puede haber pleito con tan ostentosa frase, con tal de que se entienda como precepto de una más cabal atención a los hechos, pero poco más. Y en verdad, desde el principio se introdujo una peligrosa confusión al establecerse un equívoco paralelo con las ciencias naturales en la esperanza de investir la verdad histórica de un carácter semejante al de las verdades ofrecidas por ellas, es decir, independencia, en principio, de elementos subjetivos. Verdades, pues, que se postulan como cada vez más cercanas a una objetividad absoluta y en consecuencia, válidas en todo tiempo, en todo lugar y para todos. Tal fue y todavía es el gran sueño que, conscientemente o no, ha impulsado y estimulado la investigación histórica moderna y a su séquito de tareas auxiliares e instrumentales, tan devoradoras de tiempo.

Ahora bien, lo decisivo es que ese impulso hacia lo objetivo, aunado al aniquilamiento sistemático de lo subjetivo, no puede satisfacerse más allá de cierto límite sin falsear y hasta desnaturalizar la razón misma de ser del conocimiento histórico. Y lo que me parece es que ya se alcanzó tan crítica situación, según parece indicarlo el amargo hecho de que la latría indiscriminada por la objetividad no ha rendido, ni con mucho, el dorado fruto prometido en el sueño en que se apoya.

Donde quiera que miremos vemos el mismo desconcertante espectáculo: una incontenible avalancha de estudios monográficos y trabajos académicos apoyados en tantos envíos, remisiones y notas que no puede uno menos de extrañarse de que se hubieren escrito, puesto que todas sus afirmaciones parecen haberse ya hecho en las fuentes tan orgullosamente inventariadas por el autor en testimonio

de su laboriosidad, puesto que no necesariamente de su perspicacia. Pero, además, la mayoría de esos honestos y bien intencionados esfuerzos tratan, como no podría ser de otro modo si se considera su número, de minucias cada vez más estrechas donde se nos sirve más información acerca de un asunto dado de la que cualquiera pueda necesitar o desear. Estamos inundados, por otra parte, por esa otra avalancha de artículos, revistas de libros, índices y guías, bibliografías, estadísticas computadas, doctas y no tan doctas comunicaciones y, en una palabra, por ese inconmensurable volumen de producción historiográfica con que a diario se ve bombardeado el pobre historiador y de la cual se supone debe enterarse, so pena de muerte académica. ¿Cuántas veces, ciertamente, no nos hemos dolido por el júbilo del crítico al señalarnos la omisión de algún insignificante artículo publicado en alguna oscura revista que, no infrecuentemente, sólo por casualidad llegó a su noticia? En verdad tal parece que para escribir algo merecedor de aprobación el estudioso de la historia debe tener la eternidad a su disposición, para no mencionar un monstruoso, inhumano y jamás saciado apetito por los hechos, hechos y más hechos.

A ese respecto es sobremanera importante advertir el efecto autodestructor del requisito de poseer una información exhaustiva, porque, como una serpiente que devora su propia cola, toda aquella enorme producción supone un continuo añadir de hechos a los hechos originales, hasta que sea completamente imposible cumplir con el sagrado precepto de estar debidamente informado, así sólo sea por faltarle tiempo a la vida. Claramente, la tarea de escribir historia se ha desmandado más allá de la capacidad humana, elocuente síntoma —si lo hay— de la falacia de un método que acaba por invalidarse a sí mismo. No parecerá exagerado concluir que en su empeño de ser objetivo, el historiador se ha venido a colocar en el extremo opuesto al que ocupó su hermano medieval.

Bien sé que el trabajo en equipo y la contribución colectiva de conocimientos cada vez más especializados es el remedio que se propone para salir del atolladero arriba descrito. Pero semejante expediente sólo empeora las cosas: deshumaniza la tarea histórica al intentar sustituir la mente individual, responsable de sus pensamientos, por una colección de mentes, ninguna de las cuales se responsabiliza de los resultados obtenidos. El conocimiento así logrado

no es conocimiento verdadero, ya que, por falta de una mente responsable, no pasa de ser un cúmulo de información organizada que, por imponente que sea, no puede funcionar como verdad. El tal remedio recuerda el caso del merolico que, al matar al paciente, se jacta de haber curado su enfermedad. Y en efecto, para salvar al historiador de su predicamento lo que se nos propone es deshacer nos del historiador.

¿Qué hay, pues, en el fondo de tan lamentable paradoja? Es obvio, que, en sí, nada tiene de malo establecer y acumular hechos en número cada vez más creciente y salvo el tedio que ello supone, no se ve ningún motivo para impedirlo. En todo caso la tarea es infinita. Lo malo, pues, no es acumular hechos, lo malo es pedirnos que demos cuenta de todos ellos. Se replicará, quizá, que ésa es, precisamente, la obligación del científico, pero digámoslo de una buena vez por todas, el historiador es pájaro de distinta pluma por la sencilla razón de que la historia no es una ciencia. Esta denegación ha sido debatida *ad nauseam*; aquí, sin embargo, bastará llamar la atención a un distingo crucial. Para el científico, los hechos que le interesan revisten igual importancia; para el historiador, los hechos pueden ser más o menos significativos, pero no a la luz de algún criterio general y abstracto, sino por el sentido que pueden tener en vista de sus intereses y en última instancia, de acuerdo con los individuales prejuicios en su mente. Y sólo reconociendo esa condición le es posible al historiador liberarse de la opresiva carga y del terrorismo involucrados en el requerimiento de una información exhaustiva. Debe, pues, admitir con alegría el inevitable subjetivismo del conocimiento histórico, en vez de tratar de eludirlo como si fuera un extraño elemento desquiciador.

Lo anterior, claro está, es un alegato para que se reconozca, sin la habitual y secreta contrición, la naturaleza no-científica de la verdad histórica y para que se admita su peculiar prejuiciada y selectiva relatividad. También es un alegato, por lo tanto, para que el historiador se coloque en su lugar adecuado: en un punto intermedio entre el moderno fetichismo por la prueba documental y el viejo desenfreno de la interpretación simbólica medieval.

No pretendo haber dicho nada muy original o nuevo, pero el reconocimiento de la naturaleza subjetiva de la verdad histórica no sólo parece requerir un constante recordatorio, sino que plantea

un problema al que particularmente quería llamar la atención. Si el historiador tiene que seleccionar los hechos ¿cuál, si lo hay, será el criterio al que deba ceñirse? La respuesta, me parece, pide un distinguido importante: dependerá de si el propósito es *a)* describir o *b)* entender el proceso histórico. Examinemos brevemente la alternativa.

### *a) Descripción histórica*

En este caso la selección de los hechos es cuestión de cantidad relativa; relativa, porque la información jamás puede ser completa por más laborioso y perseverante que supongamos al historiador; por más que sea la ayuda, humana o mecánica, con la que cuente.<sup>3</sup> El único criterio, por lo tanto, es dar por concluida la investigación cuando “sienta” que tiene suficiente “material” para poder describir adecuadamente el suceso o los sucesos bajo su consideración. Pero, puesto que es cosa de sentir, tan grave decisión es eminentemente subjetiva y dependerá, en última instancia, de los prejuicios, simpatías y otras peculiaridades individuales en la mente del historiador y de las cuales, en buena parte, ni siquiera será consciente. Ya se ve, no hay modo de deshacerse de las peculiaridades individuales del historiador.

Ahora bien, al considerar la historiografía descriptiva es de la mayor importancia darse cuenta de que no hablamos de conocimiento histórico propiamente dicho. La historia descriptiva intenta “describir” lo “acontecido en el pasado”; no “descubrir” el sentido de ese acontecer. En un género muy pariente de la literatura en cuanto que requiere imaginación de novelista y buena pluma, si bien sus mayores virtudes tienen que ser la exactitud y la fidelidad a los hechos.<sup>4</sup> En el fondo se trata de una manera de entretenimiento, valor muy positivo que tantos historiadores simulan despreciar,

<sup>3</sup> Suponiendo —y es suposición prácticamente imposible— que un historiador hubiere consultado toda la información existente, siempre hay la posibilidad de que aparezcan nuevos datos, y ¿qué decir de fuentes que han perecido? Tales incertidumbres necesariamente deberían paralizar para siempre el trabajo de cualquier historiador que haya tomado a pecho el requisito de estar informado exhaustivamente.

<sup>4</sup> En la deliciosa biografía de Aaron Burr (Random House, 1973) escrita por el señor Gore Vidal tenemos un excelente ejemplo de una novela que, para todos sus efectos, es

pero al que secretamente aspiran. *El almirante del mar Océano* del señor Samuel Eliot Morison es un buen ejemplo de historia descriptiva. Eminentemente legible, muy bien informado e intensamente interesante y entretenido, el libro, desde el punto de vista del conocimiento histórico, sigue siendo información organizada, porque todo el subyacente problema del significado de la empresa colombina en conexión con el proceso ideológico general del desarrollo histórico ni siquiera se plantea.<sup>5</sup>

### b) *Verdad histórica*

Enteramente otra cosa es cuando el propósito del historiador es *entender* el sentido de “lo que aconteció” en el pasado. En este intento, a diferencia del anterior, la selección de los hechos no es cuantitativa; es cualitativa de acuerdo con su interno significado. Y en cuanto a la cuestión de cuándo puede el historiador dar por concluida la investigación, lo más que puede decirse es que en un momento durante su curso — sin que importen los muchos o pocos documentos consultados — el sentido de la realidad histórica concreta detrás de los hechos deberá compulsivamente aparecerse como una especie de revelación, no desemejante a la que experimenta el científico cuando percibe, por fin, el oculto vínculo entre dos fenómenos en apariencia desligados. Toda verdad es en cierta medida apocalíptica y, genéticamente, es asunto muy personal. Procede de las entrañas y no hay nota al pie de página que pueda darle su apoyo.

Esta personal y compulsiva “verdad” afirma aquello que el historiador percibe como significativo *detrás* de los hechos, no en los hechos, porque — y éste es un importante distingo frecuentemente olvidado — los hechos no contienen, a manera de cajas de tesoros, una y sólo una verdad dada, puesto que siempre están abiertos a

un libro de historia. Vale la pena llamar la atención al “Epílogo”, donde el autor explica por qué motivo se decidió a escribir una novela y no un libro de historia.

<sup>5</sup> A ese respecto, el completo reverso del admirable libro de Morison son la interpretación filosófica idealista de Humboldt acerca del llamado “descubrimiento” de América, y mi pequeño libro: Edmundo O’Gorman, *The invention of America*, Bloomington, Indiana University Press, 1961.

múltiples interpretaciones. Si no fuera así, la historia se habría escrito de una vez para siempre, lo que notoriamente no es el caso. También debe quedar claro que esa privada y personal revelación puede o no puede ser aceptable para los contemporáneos del historiador. De eso dependerá su inmediato éxito o fracaso, pero, como para el poeta y el artista, esa disyuntiva está más allá de él, puesto que carece de alternativa en el caso de que otros se nieguen a participar en lo que debemos llamar su “visión”. En ese caso no le queda más que desechar con un encogimiento de hombros la ceguera de su tiempo y esperar con paciencia, muy probablemente en la tumba, el advenimiento de una edad más ilustrada. Tal, entre otros, el caso que aconteció a la penetrante y poderosa “visión” de Juan Bautista Vico. Puede bien suceder, sin embargo, que jamás llegue el reconocimiento; pero, entonces, tal el riesgo que el historiador debe correr en la búsqueda de su verdad.<sup>6</sup>

## II. LA HISTORIA COMO CIENCIA: UNA AMENAZA A LA LIBERTAD

Hemos gastado buena parte de nuestro tiempo en denunciar el intento — ¿será el deseo? — de eliminar lo individual subjetivo en el conocimiento histórico. La razón, ya lo dijimos, es la esperanza de lograr una objetividad al modo de la que pertenece a las verdades científicas. Me parece, sin embargo, que detrás de ese dorado sueño se esconde, por una parte, la falta de confianza en los alcances de la mente personal; por otra, un temor respecto a la eficacia de la acción libre individual.<sup>7</sup>

Desde hace ya algún tiempo, esa falta de confianza y ese temor se han combinado para lanzar un ataque sistemático contra el individualismo, considerado como el enemigo capital del progreso y del bienestar sociales, como algo, pues, extremadamente dañino y peli-

<sup>6</sup> La distinción entre historia descriptiva e historia significativa es de antiguo linaje: esencialmente es lo que tenía en mente Tucídides, *Guerra del Peloponeso*, I, 21-22. Casi no hace falta aclarar que he hecho hincapié en los extremos, pero esos dos tipos de historia se pueden dar y de hecho se dan mezclados en muchas obras. Hablando en general, la “Historia filosófica” del siglo XVIII es buen ejemplo de semejante mezcla.

<sup>7</sup> Ya Emanuel Kant creyó necesario animar a la gente a atreverse a pensar por cuenta propia, y desde antiguos tiempos el filósofo chino Chuan Tzu (c. 369-286) consideraba lamentable que alguien no siguiera su Tao, su propio y singular camino.

groso; y la ofensiva ha sido tan exitosa que el antiindividualismo es uno de los síntomas predominantes en la sociedad contemporánea. Son muchos los escritores distinguidos que han mostrado profunda preocupación respecto a esa tendencia y para oponerse a ella han caucionado respecto a sus desastrosos efectos, particularmente al peligro en que se pone a la libertad personal por la amenaza muy real de la implantación de dictaduras despóticas. El asunto es inmensamente complejo y está fuera del alcance de nuestro actual propósito. Podemos, sin embargo, examinar brevemente su relación con nuestro tema, el del conocimiento histórico.

El que la historia, al parecer sin protesta por parte de los historiadores, se halle hoy generalmente clasificada como una de las “ciencias sociales”, es una indicación que puede servirnos de punto de partida. Revela, por lo pronto, que el viejo sueño del siglo XIX en la posibilidad de una verdad histórica científica sigue muy vivo. Quizá se alegue que la antigua situación y la nueva difieren en que la historia ya no se asimila a las ciencias naturales, sino que ahora se la entiende como una rama de otro grupo de ciencias, las llamadas “ciencias sociales”. Pero no traguemos el anzuelo: claramente ambos casos se sustentan en una y la misma creencia fundamental, a saber: que la historia es un tipo de realidad capaz de ser conocida científicamente. No hay reparo en conceder que el cambio implica nuevos, especiales y más sofisticados medios de investigación; pero, puesto que no hay mudanza en el supuesto básico de ambas situaciones, no la puede haber en lo sustancial.

Todos sabemos que en la mente racional opera la exigencia de reducir a unidad la pluralidad que se da en todo cuanto existe. Esa *voluntad de orden*, según la ha llamado Aldous Huxley, es la fuerza impulsora de cualquier empeño de índole científica y explica la naturaleza objetiva y universalista de las verdades y leyes científicas, independientemente del grado de su validez y de su necesaria provisionalidad. Pero lo decisivo para nuestro intento está en advertir que la reducción a unidad, obvia y forzosamente implica que las particularidades concretas de las cosas individuales tienen que descartarse como circunstancias carentes de significación.<sup>8</sup> La

<sup>8</sup> Cuando nos afectan, como en el caso de una tempestad que determina el resultado de una batalla, las circunstancias particulares de ese fenómeno físico natural son

diferencia en el número de hojas de árboles de la misma especie o en los nombres y símbolos específicos de dioses de fertilidad adorados por tribus vecinas, son circunstancias que, respectivamente, pueden legítimamente omitirse por el botánico y el antropólogo. El uno y el otro se ocupan en lo general; el primero, en una especie unificada y abstracta de árbol; el segundo, en un tipo unificado y abstracto de fetichismo.

Pero si ese sacrificio de lo particular es el requisito de todo conocimiento científico, se sigue que si la historia ha de ser una ciencia, natural o social, da lo mismo, tendrá que aplicársele el mismo tratamiento a la realidad histórica. Ahora bien, como esa realidad no es sino proceso temporal de vidas humanas, también se sigue que todas las particularidades concretas individuales tendrán que ser descartadas como carentes de significación. Tal, pues, la condición que deberá cumplirse si la historia ha de ser científica de verdad y no nada más de nombre. Tal, por consiguiente, el precio que el historiador tendrá que pagar si quiere estar, en serio, a la altura de una reputación de científico.

Ahora bien, no puede haber objeción a las abstracciones obtenidas por aquel método, aun tratándose de la realidad social, pero siempre y cuando no se pierda de vista la naturaleza de sus proposiciones. De hecho, ése es, precisamente, el tipo de “verdades” que ofrecen la sociología, la antropología, la etnografía, la economía y cualesquiera de las otras ciencias sociales propiamente dichas. Pero cuando la realidad histórica concreta queda sometida a la tortura de la voluntad de orden y usando, por lo tanto, la investigación histórica se emprende bajo la condición de desechar las particularidades individuales como circunstancias carentes de significado, es obvio que se ha deslizado un peligroso y grueso equívoco. En efecto, a diferencia del botánico y del antropólogo para quienes, respectivamente, el número exacto de hojas de un árbol dado o el nombre específico de un dios tribal son hechos que se pueden dejar a un lado, los pensamientos, decisiones y actos individuales y demás particularidades personales son de la mayor importancia para el historiador. Es, no hace falta decirlo, imposible que dé cuenta de

significativas para el historiador, no para el científico. Esa tempestad se convierte en acontecimiento histórico.

todas ellas, pero ya mostramos que no es necesario.<sup>9</sup> No podrá, sin embargo, descartar las que se le ofrezcan como significativas por preferencias personales y en función de los propósitos que persigue, y hablando en general, no deberá dejar que pasen inadvertidas las diferencias individuales que distinguen al hombre excepcional, cualquiera que sea el campo en que se destaque. Al sociólogo pueden permitírsele amplias generalizaciones como, por ejemplo, las enunciadas en las frases “el conquistador español” o “el dictador latinoamericano”, pero es obligación y privilegio del historiador dar cuenta de las diferencias que separan, digamos, a Hernán Cortés de Nuño Beltrán de Guzmán, o a Porfirio Díaz de Papa Doc, y de mostrar la singularidad de sus respectivos pensamientos, decisiones y actos como circunstancias constitutivas del proceso histórico.

Sería demasiado largo y complicado ventilar aquí la clásica cuestión del “hombre egregio” como factor determinante del curso de la historia. La negación de ese hecho puede, quizá, parecer profundamente científica al igual que la espantosa doctrina de la uniformidad esencial del género humano; pero está fuera de duda que la una y la otra tienen que ser rechazadas por todo historiador que se respete como tal.<sup>10</sup> Afirmar, por ejemplo, que de no haber nacido César la historia universal sería esencialmente la misma, no es sino un pretencioso juego adivinatorio disfrazado de profundo pronunciamiento científico o, en el mejor caso, una proposición teológica solamente válida para un historiador providencialista de la vieja escuela, si es que todavía los hay.

Mi intención primordial no ha sido, sin embargo, defender la autonomía y peculiaridad del conocimiento histórico. Si sólo fuera que tantos de los jóvenes historiadores eligen engañarse jugando a ser científicos, nada demasiado dañino se seguiría de ello. Desgraciadamente no es ese el caso, porque el verdadero y oculto fin, consciente o no, detrás de la llamada historiografía científica es tratar de proporcionar fundamento empírico a doctrinas totalitarias de

<sup>9</sup> Cf. *supra*, donde examinamos el falso requerimiento de procurar una información exhaustiva.

<sup>10</sup> Lo mismo deberá decirse, por supuesto, respecto a la vieja doctrina ambiental de Spencer —hoy tan en boga— según la cual se descartan las contribuciones individuales bajo el supuesto de que no pueden atribuirse a la persona misma por ser resultante del ambiente social. *Don Quijote*, según esa doctrina, no fue *realmente* escrito por Cervantes; lo escribió la España del siglo XVII.

una supuesta ética social, tales como la de la uniformidad natural del hombre y la que concede primacía al ambiente socioeconómico sobre el temperamento y genio individuales.

Lo artero y dañino de ese tipo de historiografía es, por lo tanto, que simula ofrecer una idea objetiva universal de la realidad histórica e implícitamente de la constitución natural del hombre y de la estructura de su sociedad. Pero como en obediencia al mandato de la *voluntad de orden* todo aquello dotado de carácter individual ha sido descartado de antemano, la idea que en realidad se ofrece equi-para al hombre, en última instancia, a la hormiga o la abeja y a la sociedad humana, al hormiguero o la colmena. Semejante idea será, por supuesto, recogida y ampliamente divulgada por cualquier grupo decidido a ejercer el poder absoluto, y la usará como justificación científica — supuestamente irrecusable — para imponer por la fuerza y la manipulación esa uniformidad que se predica como esencial al género humano. Y henos aquí a la vista de un futuro parecido a los imaginados y descritos en *El mundo feliz* o en *1984* de Orwell.

Como seguramente se habrá advertido, este discurso ha rebasado su inmediata finalidad y ha acabado por convertirse en un esfuerzo por mostrar que la siempre creciente invasión de la voluntad de orden en las investigaciones históricas y el consenso de incluir a la historia en el ámbito de las ciencias sociales son, en el fondo, formas sutiles de propaganda en favor de la deshumanización del hombre y pueden ser eficaces herramientas al servicio de cualquier tecnócrata de ambiciones despóticas que quiera aprovecharlas y cuya sombra ya amenaza hasta a las naciones más ilustradas.

Tengamos siempre presente, pues, que la historia no puede ser una ciencia; que, propiamente hablando, no le incumbe dar una *idea* del hombre y de la sociedad humana; que, en vez, su tarea es ofrecer una *visión* de la índole histórica del género humano y de los esfuerzos y logros individuales para realizarla, y que debe entender al cuerpo social como una organización al servicio del bienestar personal — no un organismo de programa vital predeterminado — en un proceso temporal de acontecimientos concretos y singulares, sólo plenamente comprensibles si se concede su valor y eficacia a los pensamientos, decisiones y acciones de los individuos concretos y singulares. Un proceso, por lo tanto, cuya realidad primaria es la rica variedad de los individuos y, por eso, un proceso en el cual el



tiempo de duración de la vida humana ofrezca la posibilidad real de la plenaria realización de sí misma.

Ya dijimos que la verdad histórica es apocalíptica; ahora sabemos que su mensaje es evangelio de libertad. En estos días cuando la idiosincrasia personal y la búsqueda de la felicidad individual están en tanto riesgo; cuando los hábitos e instituciones democráticos se hallan tan amenazados, el conocimiento histórico auténtico les brinda refugio y es su fortaleza. No abandonemos las murallas pasándonos a las filas del enemigo. Un libro de historia, cualquiera que sea su finalidad inmediata, debe dar testimonio de la natural y riquísima variedad de lo individual humano y, de ese modo, romper una lanza por la causa de la libertad.